

**Mini-Novela escrita por Gonzalo Rodas Sarmiento,
perteneciente al libro "Historias notables".**

Peter Van Pels

Me regalaron un encendedor, aunque yo nunca he fumado. Y también un Juego Finanzas, y una afeitadora con muchas hojas, la que me vino muy bien, ya que estoy cumpliendo 16 años, hoy, 8 de Noviembre de 1942.

-Feliz cumpleaños, Peter -escuché que me dijeron.

No cabía esperar una celebración muy elaborada, ya que vivimos ocultos en un anexo secreto hasta que termine la guerra. Espero que eso ocurra pronto, pero estamos acá desde hace sólo cuatro meses. Primero llegó Otto Frank, con su mujer y sus dos hijas. Margot, que es un poco mayor que yo, y Ana, que recién tiene 13 y es bien bulliciosa. A los pocos días llegamos los Van Pels, o sea, mis padres y yo. Y mi gato Mouschi, por supuesto.

Mi padre es muy amigo del señor Frank y trabaja con él en Opekta, una empresa distribuidora de insumos para mermeladas. Más bien dicho, han estado trabajando juntos hasta Julio de este año, pero dejaron el negocio en manos del señor Kugler, mientras dura nuestro obligado encierro.

El Anexo está ubicado en la parte alta de la misma casa en que funciona Opekta. En la planta baja está el depósito, que es un gran almacén. El señor Voskuijl, es quien supervisa a los dos trabajadores de dicho almacén. Al lado del portón del depósito está la puerta de entrada a la casa. Dentro, hay una segunda puerta, de acceso a una pequeña escala. Subiendo por ella se llega a la puerta que dice "Contabilidad". Es la sala en que trabaja Bep, joven secretaria, hija de Voskuijl, junto a Miep y Kleiman, nuestros protectores. Principalmente Miep que está siempre yendo y viniendo, y se ocupa de todo lo que necesitamos.

Después hay una pequeña habitación oscura, y se llega a la oficina de Kugler y mi padre, cuando estaba. Esta sala tiene una segunda salida en el otro extremo. Por ahí se llega a un estrecho corredor, se pasa cerca de la carbonera y subiendo cuatro escalones se ve la oficina que era de Otto Frank. Y tb' una cocina, al lado.

Desde el corredor de la planta baja se llega a una escala que da a un rellano, en el que hay dos puertas. Una de ellas lleva a grandes salas que están desocupadas. La otra puerta da a un pasillo. Al final de éste hay un estante de libros que tapa la entrada al anexo secreto, nuestra casa, ahora, hasta que termine la guerra, o cuando nos encuentren.

Una escala empinada conduce a la segunda planta del Anexo. En la primera planta está la pieza de los esposos Frank. Al lado, una habitación más pequeña y alargada, para las niñas Frank. Con los recortes de actrices, paisajes, fotos familiares,

pegados en la pared, para alegrar su pieza. Tienen también un Cristo Jesús, pues Ana dice admirarlo.

Después está el baño, con otra puerta por el extremo opuesto, que comunica con la escala. En la segunda planta del Anexo se halla la gran sala de estar. Es también cocina, comedor y dormitorio de mis padres. Y al lado, una pequeña habitación improvisada en lo que había sido pasillo, para mí. De ahí, hay una escala para subir al desván.

Me ha tocado hacer algunos trabajos de carpintería en el desván. Es un recinto grande, apto para solearse, pues entra luz por una claraboya. Es también un buen lugar de observación hacia el exterior. En el desván se guardan provisiones para el invierno, que ya está comenzando. Y también otros enseres embalados, como por ejemplo, platos de porcelana de los Frank.

Me gusta ir al desván, porque en este anexo no encuentro mucho donde ponerme. Llevo a Mouschi para cazar ratones. Y si no estoy en el desván, me tiendo en mi cama, que es mi metro cuadrado propio. Me pongo melancólico, echando de menos mi ciudad natal, Osnabrück, donde viví hasta los diez años y un poco más. Entonces tuvimos que venirnos a Holanda cuando la situación se puso muy complicada para los judíos en Alemania. Mi padre entró a trabajar con Otto Frank en Opekta, a poco de llegar a Amsterdam. También acá empezaron a perseguir a los judíos, desde hace unos meses. Ya casi no hay donde irse.

Por las noches bajo al depósito, y eso me sirve para variar un poco.

Hace un par de meses descubrí por casualidad un libro que habla de mujeres, y es sólo para mayores. Lo tenía mi madre muy escondido, pero un día que se descuidó se lo saqué sin que se diera cuenta. Me escapaba al desván para leerlo. Debo haber ido como en la mitad, cuando mi papá me pilló y me lo quitó. Como yo quería continuar la lectura, me las arreglé para sustraer el libro nuevamente. Una tarde, mi papá volvió a descubrirme, y se enfureció. Me dio una bofetada y me castigó. Me fui al desván y no quería bajar, lo cual me significó una nueva disputa. Me quedé sin comer, pero lo peor fue que no pude terminar de leer el libro.

Mi madre es la que cocina. Y discute con mi padre, por diversos motivos, hasta de política. Para mí es desagradable tener que presenciar, o por lo menos escuchar, las peleas de mis papás. Creo que nadie los toma muy en serio.

Descubrí que Otto Frank es un excelente profesor. Me enseña inglés.

Las dos hijas de Frank llevan su respectivo diario de vida. Margot es muy seria, y tan callada como yo, así que no converso casi nada con ella. En cambio, a Ana le he pedido que me muestre su diario, porque tiene una magia especial el tratar de saber qué cosas escribe ahí. Ella me ha dicho muy claramente que jamás me permitirá leerlo. Eso es terminante, pero de vez en cuando yo insisto en mi petición, más que nada por molestarla, como si fuera una hermana, que nunca he tenido, y quizás me habría agradado tener. Creo que no le soy muy simpático. Al principio yo la veía como una chiquilla chica, sin mayor importancia. Antes del Anexo, la debo haber visto un par de veces, a lo más, y ni me acuerdo tanto.

Hay un cajón con libros en el desván. Ana va siempre a revolverlo. Le gusta leer. En esas ocasiones, algo hablamos pero muy poco. Una vez, ella se rió de mí porque me puse una bufanda, debido a que tenía tortícolis.

Hace pocos días Ana me propuso una humorada, y acepté participar porque quería salir de la rutina. Se puso un pantalón mío y mi chaqueta, y un sombrero de mi papá. Por mi parte, yo me disfracé con ropa de mi mamá. Así vestidos, hicimos una representación teatral, para los adultos y Margot. Con toda la creatividad que pudimos, los hicimos reír a carcajadas.

Después de esa noche, empecé a interesarme por Ana. A valorarla. Me di cuenta de que es una persona entretenida, y me mueve. Necesité varios meses para descubrir a esta persona que estaba tan cerca el día completo. Creo que no tenemos por qué vivir nuestras soledades en forma cerrada como hasta ahora, si sería mejor acompañarnos.

* * *

Aún no concluía el año 42 cuando llegó el dentista. Se llama Fritz, es joven y viene solo, porque su esposa está a salvo en país extranjero. Nuestros padres han decidido dar albergue a este señor, pues donde caben siete pueden caber ocho. Es un hombre muy culto, de buena presencia, y una dicción de terciopelo, como de locutor de radio. Supongo que es un tipo atrayente para las mujeres. Quizás no para todas... Ana no lo pudo encontrar aceptable, a pesar de haberse hecho previamente buenas expectativas. El problema, creo yo, es que pusieron al dentista en la habitación de las niñas. Margot tuvo que irse a las piezas de sus padres. Para Ana, es una situación muy incómoda.

Conmigo tampoco se ha avenido el doctor Pfeffer, a causa de Mouschi. Es que al dentista no le gustan los gatos.

Por ese mismo tiempo, empezó a llegar también un invierno riguroso. Así, me ha tocado ir al desván a buscar provisiones. Con gran esfuerzo llevaba yo un saco de porotos hacia abajo, cierta vez, y éste se rompió..., o se abrió, no sé. El caso es que cayeron estrepitosamente los veinte kilos de porotos. Todos nos asustamos, debido a ese ruido imprevisto que podía delatarnos. Por fortuna no había clientes en la oficina, así que no hubo problemas. Me puse a recoger porotos, y todos me ayudaron.

Así, fue transcurriendo el año. En otra oportunidad me mordió un ratón. Ahora prefiero subir con Mouschi, para que ahuyente a los roedores. Aprovecho de quitarle las pulgas.

A veces me acompaña Ana. A falta de una amiga, le sirvo para tratar de conversar un poco. No mucho, que nunca he sido muy locuaz. Noto que ya no soy el chico aburrido que ella percibía antes. Ella ha ido cambiando, con el tiempo. Por lo mismo, también se lleva mejor que antes con Margot. Ha madurado..., también su cuerpo..., poco a poco se va transformando en una mujer. Y cada día me gusta más.

Una vez se armó una conversación interesante entre todos. No recuerdo cómo empezó, pero cada cual decía qué es lo primero que haría al salir del escondite. Margot dijo que se daría un buen baño de tina. Mi padre confirmó que él también haría eso. Mamá comería golosinas. La señora Frank querrá tomarse un verdadero café. Su esposo, visitaría al señor Voskuijl.

-¿Y tú, Peter? -me preguntó la mamá de Ana, al verme callado.
Yo dije que me encantaría ir al cine.

Por su parte, Ana no sabría por donde empezar, entre estar en casa, ir a la escuela... Por último, le tocó el turno al dentista, quien dijo que quería abrazar a su mujer. Sus ojos estaban brillosos, y entonces comprendí que su motivación era, por lejos, la más profunda. Nadie hizo comentarios. Más bien, nos quedamos en silencio un rato.

Y cumplí 17 años, y llegó otro invierno. Mi amiga ha venido muchas veces a mi pequeña habitación. No se queda mucho rato, para no ser fastidiosa. Ella dice que necesita ser amiga de alguien. Un día, Ana se quedó por más tiempo, ayudándome a resolver un crucigrama. Hablamos acerca de la timidez y del sonrojarse. Ana empezó a venir más a menudo, y trata de sacarme palabras.

A medida que va entrando la primavera, un cúmulo de sensaciones nos invaden. Nuestras vidas han mejorado. Creo que Ana sospecha que estoy enamorado de ella.

De repente suena la alarma de bombardeo, y nos refugiamos en el corredor. Yo me voy al puesto de vigía, en el desván. Una vez pude ver columnas de humo, y me llegaba hasta el olor de los incendios.

Cuando nos juntamos los ocho para enterarnos de las noticias y discursos por la radio, trato de entenderlo todo. No sólo escuchamos noticias, también música, los domingos por la noche. Es la Música Inmortal de los Maestros Alemanes. Una vez pasó que el dentista movía mucho los botones de la radio. Tanto, que me molestó y así se lo dije. Hasta tuve que enojarme para que me hiciera caso.

Al día siguiente me desahugué hablando con Ana. Le dije que la admiraba porque ella no es tímida y dice las cosas cuando y como hay que decirlas. Pude hablar eso porque sé que ella no se lleva bien con el dentista. Fue buena nuestra comunicación. Mi amiga me sonrió de una manera linda. Pudimos hablar un poco de esperanzas y sueños.

Como no tengo donde poner mis papeles, uso para ello la escala. Ana tiene que pasar por mi pieza para ir a buscar papas al desván. Así las cosas, le dije que no se preocupara, que yo iría a buscar las papas porque la pasada estaba muy difícil. No quiso, pero igual subí con ella y le ayudé con la olla. Después estudiamos francés juntos, y charlamos. Le conté que me sentía inútil. Y le dije que es más cómodo ser cristiano que judío. Y que después de la guerra nadie sabrá si soy judío o cristiano. Que no sé qué hacer con mi estrella de David.

-Es insignia de dignidad -me aclaró Ana.

También hablamos de cine y artistas. Hace año y medio que tengo pegada en mi cuarto una foto de actriz que mi amiga me dio.

Es linda la amistad que tengo con Ana. Ella sigue viniendo mucho a mi cuarto. Se puede decir que me ha enseñado a expresarme.

Cuando corto leña en el desván, ella me acompaña. Nuestras mamás se están empezando a preocupar.

Quiero mucho a Ana, y necesité decírselo, pero me ha sido difícil, aunque ya sabía que también ella me estima. Era imperioso dar un paso más y que nuestras soledades se transformaran en unión.

Lo paso muy bien conversando con Ana. Le cuento lo difícil que es tener confianza con mis padres. Ella me dice lo mismo de su madre. Y que llora en las noches.

-Gracias por ayudarme -le dije.

Hablamos de cómo hemos cambiado, si hace un año y medio no nos soportábamos mucho. Hasta hemos tocado temas complicados, como la menstruación. Creo que las mujeres son muy fuertes.

Ana me da alegría. También pude decírselo, y ella se puso contenta. Cuando ríe se le forman unos hoyuelos en sus mejillas.

Los adultos están criticando que una niña adolescente me visite tanto. Con burlas tratan de que queramos separarnos. No lo lograrán. Más bien, he empezado yo a ir a buscarla.

-¡Qué linda estás! -me escuché decirle.

Una vez Ana trajo al desván un almohadón del dentista. Al llevarlo de vuelta, éste se enfureció porque dijo que su almohadón estaría lleno de pulgas. A nosotros nos dio risa.

Por tercera vez, una noche sentimos ruido proveniente de abajo, como de ladrones. En esta ocasión, fue peor que las dos anteriores. Hubo que apagar todas las luces y no hacer nada de ruido. Tal vez los invasores alcanzaron a darse cuenta de nuestra presencia. Eso era lo más probable. Lo peor sería acaso llegaba la policía.

Después de unos días, ya nos tranquilizamos.

Fue el día 4 del mes 4 del año 44, que vino Ana, como transfigurada, y me dijo algo extraordinario:

-Quiero seguir viviendo, aun después de mi muerte.

Confieso que al principio me asusté, pero después capté mejor el sentido de su pensamiento, y quedé maravillado. También me contó que le gustaría ser periodista, o escritora. Y yo me preguntaba "¿qué quiero ser yo?". Aún no lo tengo claro.

Pocos días después, me atreví a besar a Ana. La tomé de los hombros y la acerqué a mí; acaricié su pelo, y entonces...la besé. Ella no me rechazó. Por el contrario, estaba tan feliz como yo. Fue un gran día. El más importante de nuestras vidas. El primero.

El destino nos quiso unir. Ella es la mujer de mi vida. He llegado a sentirme muy próximo a Ana espiritualmente.

A partir de entonces, hemos convenido que nuestras caricias y besos han de ser moderados. En este encierro no podemos arriesgarnos a echar a perder todo.

El castaño nos inspiraba. Especialmente cuando estaba florecido, en Abril.

Le pedí a Miep que me trajera flores para Ana. Creo que soy el único que nunca le había pedido algo a nuestra protectora.

Mis encuentros con Ana se han distanciado en el tiempo, porque su padre la ha convencido de que es peligroso. Estimo mucho al tío Otto, y según ella me ha dicho, él también a mi.

Me da la impresión de que Ana escribe poco últimamente.

Llevamos casi dos años en este lugar, y todo me hace pensar que muy pronto saldremos de aquí.

* * *

En una mañana calurosa llegó la Gestapo. Estaban todos ellos vestidos de civil, e invadieron nuestro anexo, cuando menos pensábamos que podía ocurrir algo así.

Venían a detenernos, justo en el momento en que tío Otto estaba enseñándome inglés. La interrupción fue abrupta.

El que mandaba había conocido a Otto Frank, en la gran guerra del año 14, y se reconocieron de inmediato. Eso nos mejoró un poco la situación, pues ese jefe de hoy tuvo la buena voluntad de sujetar a su gente cada vez que vio intento de ejercer violencia en contra nuestra. De todos modos, cumplió las órdenes que traía, en cuanto a nuestra detención. También capturaron a Kugler y a Kleiman.

Dejé a Mouschi en el anexo. No quise llevarlo conmigo. Prefiero no verlo más, pero que él sea un gato libre. Cuando Ana me vio soltarlo, decidió dejar su Diario en el anexo. Lo liberó. En cambio Margot prefirió llevar su Diario consigo. Por nada del mundo quiso separarse de él.

-Peter... -fue todo lo que Ana me dijo cuando íbamos saliendo.

Nos llevaron a la cárcel, en Amsterdam. Ahí nos interrogaron, uno por uno. Nos preguntaban si sabíamos de otros refugios donde pudiera haber judíos. Después de cuatro días nos trasladaron al campo de Westerbork.

Viajamos en un vagón de pasajeros, lo cual fue un alivio, ya que creí que nos iban a llevar en tren de carga. Eso sí, las puertas estaban cerradas desde el exterior. No era factible escapar. Ana miraba por la ventanilla, como si estuviera descubriendo un mundo nuevo. Los poblados pasaban velozmente. Los cables de teléfono daban una sensación de normalidad que contrastaba con la realidad.

Al llegar nos hicieron bajar y ponernos en una fila para dar nuestros datos personales. De ahí, pasamos a las barracas que serían nuestra vivienda. En un sector los hombres, y en otro las mujeres.

Estábamos cambiando una privación de libertad por otra distinta. Yo me preguntaba qué vendría después, cuánto faltaba para el término de la guerra.

Durante el día, teníamos que trabajar. A las mujeres les tocó desarmar pilas, que es un trabajo bastante sucio. A los hombres nos encargaron los trabajos pesados.

En un rato libre, sin que me vieran, descosí un poco la parte alta de mi estrella amarilla. En ese improvisado bolsillo de estrella de David puse una pequeña foto de Ana, doblada en cuatro.

La vigilancia era estricta, pero las condiciones de vida no eran tan malas. Pude visitarla algunos días, conversar mucho con ella, besarla, y hasta caminar por las calles, si se las puede llamar así. Nuestro aspecto no era nada de limpio, pero no teníamos como mejorarlo. Igual, Ana se veía hermosa.

Me contó cómo era su trabajo. Tenían que abrir las pilas, tirar el alquitrán en un canasto, el carbón en otro, las tapas de metal en otro.

Desde Westerbork partía todas las semanas un tren de prisioneros hacia el Este. Nadie sabía con exactitud qué cosas iban a suceder en su destino. Con mucho temor mirábamos cada sábado la lista de los que debían partir al día siguiente. Yo respiraba aliviado cada vez que no aparecíamos, y pensaba que si de ahí a una semana terminaba la guerra, estaríamos a salvo.

Ahí estuvimos cerca de un mes. Ya era otoño cuando nos tocó a los ocho salir hacia el Este. Fue el verdadero inicio de un atroz sufrimiento. Esta vez, el medio de transporte era un largo tren de carga, con setenta prisioneros en cada vagón, de pie, apretujados, con poco aire, varios enfermos del estómago, sin más baño que un balde.

Llanto de niños, señoras desmayadas, había cada vez más enfermos.

Después del primer día, el olor era insoportable. Después del segundo día, era aún peor. Después del tercer día, me acostumbré. Eso me dolió en el alma.

Una noche, el tren se detuvo de repente. En ese momento no supe a qué lugar habíamos llegado. Sólo quería bajarme pronto de ese trenapestoso.

-Bájense rápido -gritaban desde el andén unos hombres vestidos con trajes a rayas. Eran los prisioneros encargados de manejar a los demás prisioneros. Después supe que se les llamaba "kapos". A su vez, soldados con perros supervisaban a los kapos.

Unos potentes reflectores iluminaban la escena. Una bella música salía de los parlantes, talvez con una intención acogedora. A los hombres nos pusieron a un lado; las mujeres, al otro.

Habíamos llegado a Auschwitz, según nos dijeron los soldados. Me quitaron todas mis pertenencias, pero la foto de Ana quedó conmigo porque no la descubrieron. Todos fuimos examinados por médicos. A aquellos prisioneros que no fueron considerados aptos para el trabajo los enviaron directamente a un lugar alejado, y no volvieron nunca más. Después supe que los mataban con gas.

A los aptos y aptas nos tatuaron un número en el brazo, nos cortaron el pelo y nos entregaron ropa a rayas. Las mujeres se tuvieron que quedar en el campo en que estábamos, mientras que los hombres nos tuvimos que ir a otro campo que estaba a unos dos kilómetros de recorrido. Alcancé a ver a Ana a cierta distancia, mientras nos íbamos yendo, y hasta le hice una seña de despedida. Nunca he vivido algo más triste.

La vida en Auschwitz era desgraciada. Los militares nos obligaban a cantar marchas mientras nos dirigíamos al trabajo. En las horas de descanso cantábamos entre nosotros. Nos faltaban los instrumentos musicales, pero uno se ayudaba de cualquier cosa, con tal de sobrevivir.

Tuve la suerte de que me asignaran un trabajo digno. Todos los días tenía que ir al correo a buscar y repartir la correspondencia que llegaba para los guardias y a los prisioneros no judíos. Pude observar que los oficiales escuchaban una linda música clásica. No entiendo cómo a estos seres tan bestiales les puede haber gustado una música bella.

En un día negro, mi padre fue llevado a la muerte porque tenía una mano herida y no podía trabajar. Traté de defenderlo, diciendo que él podía trabajar aunque tuviera una herida. Me dieron un culatazo y quedé medio aturdido.

Otto Frank me recogió. Después vimos pasar un camión cargado de ropas.

* * *

El ejército ruso viene avanzando. Así decía el rumor que trajeron los nuevos prisioneros recién llegados. Algo que me llenó de esperanza.

Con Otto Frank y con Fritz Pfeffer conversábamos de música, de Beethoven, de Schubert, de ópera, y hasta cantamos. El asunto era no hablar de comidas. Cuando el dentista fue deportado a otro campo de prisioneros en que se realizan trabajos pesados, sólo me quedó el señor Frank. Y no por mucho tiempo. Mi tío contrajo una enfermedad, le dio mucha fiebre, y se desmayó. Fue llevado a la enfermería, donde se le diagnosticó tifus, necesidad de reposo, y por lo tanto, imposibilidad de trabajar.

Estaba listo para la cámara de gases cuando fui a visitarlo. Nos despedimos, esperando lo peor.

Vi llegar unos explosivos. Los cargaron en un camión y se los llevaron, al parecer hacia el sector donde está la cámara de gas. También vi muchos preparativos, como para iniciar una evacuación del campo. Así, se estaba confirmando el rumor de la proximidad de los rusos. Había esperanza.

-¡Peter Van Pels, a formarse! -escuché que me decía un soldado.

En menos de una hora ya estaba en camino hacia el oeste, junto a otros prisioneros, en cantidad de unos 200. A pie, sin ropa abrigada, a pesar de la crudeza del invierno.

Llevábamos cerca de tres horas caminando, y creo que no nos habíamos alejado más de un par de kilómetros, ya que nos llevaban por caminos extraños, de pronto hacia el norte, de pronto hacia el sur, cuando se escuchó una fuerte explosión.

-Es la cámara de gases -susurró un preso, lo que le significó ganarse un culatazo.

Me pregunté a mí mismo si acaso el señor Frank habría sido el último gaseado, o el primer salvado de los gases..., así como Moisés fue salvado de las aguas. Esto lo pensaba mientras el viento helado me congelaba las orejas.

Después de un viaje agotador llegamos al campo de concentración de Mauthausen, cerca de Linz, Austria. Muchos murieron en el camino, o por cansancio, o por el frío, o por una bala asesina cuando no podían seguir.

Al entrar al campo sólo quedábamos unos treinta o cuarenta, no más. Nos pusieron a dormir porque al otro día tendríamos que trabajar duro.

De lo que se trata acá en Mauthausen es extraer material de una cantera de granito ubicada a orillas del Danubio. Había que subir unas inmensas piedras hasta la parte alta del acantilado. Para ello usábamos una escala que me parecía eterna. Y eso, varias veces al día. Una vez conté los escalones. Son 186.

Yo tenía una arrugada foto de Ana en mi improvisado bolsillo de la estrella de David. La miraba, también varias veces al día. Me mantenía vivo, en la esperanza de que la guerra terminaría pronto, y volvería a ver a mi Ana, en libertad.

En Mauthausen hay una gran cantidad de republicanos españoles, varios miles. Les ponen un triángulo azul con una "S". Forman parte de los que se refugiaron en Francia tras la guerra civil. Franco les quitó la nacionalidad española, y no los aceptó de vuelta en su país después que Hitler invadió el territorio francés. El dictador alemán los utiliza para trabajos forzados.

Estas cosas me las contó uno de ellos, en inglés, con una pronunciación horrenda, pero yo le entendía, gracias a lo que aprendí con Otto Frank en el Anexo.

Uno de estos prisioneros guardaba la bandera de los republicanos. A otro le pasó algo notable. Se llama Manolo y usaba anteojos. Pues, un día llegó hacia él un kapo, y lo provocó con algunas burlas, y ante una tímida respuesta, le dio una bofetada tal, que al pobre se le cayeron los lentes al suelo. El kapo los pisoteó, dejándolos completamente inutilizados. Y se fue. Muy pocos prisioneros fuimos testigos de este ataque, y quedamos sorprendidos. No atinamos a hacer nada. Al día siguiente, muy temprano, antes de iniciar las faenas nos hicieron formar en el patio. Un alto oficial llegado la noche anterior nos habló y dijo que la comida ya no alcanzará para tantos

prisioneros, en vista de lo cual serían eliminados aquellos cuya aptitud para el trabajo fuera menor. Acto seguido, sacó de la fila a todos los que usaban anteojos.

-Los cortos de vista tienen dificultades para el trabajo -casi gritó el oficial, y los obligó a marchar, dando la vuelta por las barracas.

Los demás tuvimos que irnos al trabajo. Mientras bajaba sentí balazos, y entonces comprendí la intención de ese kapo el día anterior. Le estaba salvando la vida a Manolo.

Hice buena amistad con los españoles. Una noche nos pusimos a tomar aguardiente que uno de ellos consiguió, no me dijeron cómo ni quién. "Come y calla" me dijeron en español cuando pregunté. El alcohol se me subió a la cabeza muy rápido, claro, con el estómago vacío.... Estos viejos españoles tienen más aguante que yo. ¿Viejos? Quizás no tanto, pero parecían.

Yo estaba que vomitaba, y ya me iba hacia afuera para eso, tratando de que no me descubrieran los soldados, cuando en eso entró un oficial a la barraca.

-Viene mucha bulla de acá -dijo en voz alta y seria.

Los presos alcanzaron a esconder todo, pero el militar pisó una tabla medio suelta, y puede haber sospechado algo extraño. Yo mismo empecé a imaginar algo en ese momento. Me quedó muy claro que el alemán estaba a punto de descubrir un escondite, y era preferible que no lo hiciera. Aunque yo no sabía de qué se trataba el secreto oculto.

Entonces, tomé mi rápida decisión, me acerqué mucho al oficial, y dije:

-Me siento mal.

Y dejé que mi vómito saliera, sin atajarlo más. Encima de la guerrera del hombre, claro está. Se enfureció, me pegó con el puño en la cara, y me dio una feroz patada en el suelo. Después, no halló nada mejor que irse, humillado.

Noté el alivio en los españoles. Uno que le llamaban "Paco" me acogió, me limpió la sangre, me dijo cosas buenas que no entendí, y me puso a dormir.

Afortunadamente no hubo más represalia contra mí, salvo que al día siguiente me privaron del almuerzo.

Me enteré, casi por casualidad, que un español robaba copias de fotos desde el laboratorio, donde trabajaba, y las mantenía escondidas debajo de una tabla del piso.

La vida continuó, si se la puede llamar así. Seguí subiendo muchas veces esa escala, cargado de piedras en una mochila...

Hasta que un día las fuerzas me abandonaron. Mi paso vacilante me hacía tropezar con cada escalón. Veía borroso, la cabeza me daba vueltas. Caí y rodé varios metros hacia abajo. La foto de Ana se salió de la estrella y fue levantada por la brisa. Se fue yendo hacia arriba..., hacia arriba...

Yo la veo y quiero ir hacia allá. ¡Anita mía! es lo que casi pienso, casi siento y casi vivo en este instante...

-Pedro..., Pedrito... -alcanzo a escuchar, en un tono que se va alejando.